

**Violeta Serrano**

**FLORES**  
EN LA  
**BASURA**

**Un relato personal  
de la generación  
perdida**



*Ariel*

Violeta Serrano

# Flores en la basura

Un relato personal de la generación perdida

*Ariel*

Primera edición: abril de 2022

© 2022, Violeta Serrano,  
Agencia Literaria CBQ, <info@agencialiterariacbq.com>

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3524-7  
Depósito legal: B. 4.811-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Índice

1. Prefacio . . . . .	11
2. <i>No future</i> . . . . .	13
3. Preliminares . . . . .	19
4. Estado de situación . . . . .	23
5. ¿Cuántos somos? . . . . .	35
6. Dame pan y dime tonto . . . . .	41
7. Adaptarse a un nuevo índice de mortalidad . . . . .	51
8. América, enseñanos cómo se hace . . . . .	57
9. No seas una triste rana . . . . .	63
10. Cuando la boza es un salvavidas . . . . .	71
11. Lecciones del suburbio . . . . .	77
12. El <i>shock</i> del regreso: una escena en Madrid . . . . .	85
13. La nueva maternidad consiste en no proyectar . . . . .	89
14. Tejedoras insumisas . . . . .	95
15. Lo insostenible . . . . .	105
16. Golpe de timón urgente . . . . .	113
17. Una anarquista vota en Recoleta . . . . .	123
18. Mujeres libres del siglo XXI . . . . .	131
19. Las encinas de mi tierra . . . . .	139
20. Nos silban por las calles . . . . .	155
21. La hipótesis salvaje de la ficción . . . . .	163
22. El amor . . . . .	171
23. Señales en el apocalipsis . . . . .	175
24. Bola extra . . . . .	181

<i>Agradecimientos</i> . . . . .	193
<i>Notas</i> . . . . .	195
<i>Bibliografía</i> . . . . .	203
<i>Filmografía, dramaturgia, discografía y televisión</i> . . . . .	207
<i>Webgrafía</i> . . . . .	209

*No future*

Hablas mucho, a ver si te callas ya.

C. TANGANA

Atrapar el aire con una mano abierta. Sabíamos que no iba a funcionar y, sin embargo, seguimos el mismo procedimiento una y otra vez. Manoteamos la nada como estúpidos intentando cambiar la realidad cuando la verdad es que no sabíamos cómo hacerlo. Las cartas estaban echadas y la partida empezó mucho antes de que nos diéramos cuenta. Fuimos una hoja temblorosa sobre el asfalto. Y constatamos que ahora hay mucho más viento del que nos habían prometido. Volaremos sin rumbo: somos la generación perdida. O tal vez engañada, quizá sería más preciso ese término. O, por qué no, la Generación bisagra.

Los de España fuimos niños felices, inocentes, no nos faltó de nada. Nuestros padres eran los *baby boomers*, los que habían llegado en masa a ese mundo que tenía ganas de todo después de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Pero aún no estaban las flores tendidas en el piso para hacer el camino de rosas soñado. No. En España, nuestros padres nacieron para desesperar. El franquismo fue un túnel oscuro y carcomido del que no se veía el final hasta que la muerte de su dueño y señor hizo su trabajo. Nada más. Así

que esperaron, pacientes, a que la noche aclarase. Y cuando lo hizo, todo fue euforia, sí, pero también carencias y complicaciones. La peseta, sus desvaríos, el atraso, las ganas de beberse el mundo en un Madrid que enseñaba las tetas bajo la estupefacción de las viejas del visillo, mientras cantautores humildes se ponían a la fila de la fama y reclamaban, incluso, que el Mediterráneo se cantase en catalán porque aquello era de todos. Así crecimos nosotros, acurrucados en brazos que venían de la noche pero que tenían el palpito puesto en un sol de mediodía que les cegaba los ojos. Tuvimos una infancia llena de esperanza. A nuestro alrededor paseaban mujeres con hombreras y hombres con pantalones de campana. Nos mecía su propio despertar a nuevas experiencias tanto tiempo agazapadas en cuartuchos de jabones y aceite de ricino. Las cunas todavía no eran de IKEA: reciclábamos la de la vecina o la de la hermana, y en esa generosidad primera empezábamos a levantar el pecho hasta tocar el cielo de nuestras casas. Las pesetas inflacionarias nunca nos pesaron en las muñecas porque nada más las usamos para comprar caramelos, cromos o juguetes de lata. Nuestra conciencia se estrenaba ya en Europa y tuvimos que aprender a cambiar 166,386 pesetas por una única moneda que brillaba muchísimo más que nuestra propia condena reciclada. Lo sentimos, pero no tanto, porque entonces aún no éramos asalariados ni pensábamos en ese cuento: seguíamos siendo jóvenes promesas y la billetera nos dolía poco porque todavía teníamos crédito de los mayores para salir a la noche y divertir nuestras ansias. Tuvimos la oportunidad de estudiar como posesos. Los que no quisieron hacerlo pudieron irse a los dieciséis a amasar tanto cemento como billetes para comprarse un auto lindo y reírse bien fuerte de los que sí decidimos seguir como babosas infectas el camino del pergamino universitario, de la llave maestra, del oasis en medio de la nada. Ni unos ni otros vencimos. Ellos cayeron del andamio; nosotros tuvimos que esconder casi todos los títulos.

Cuando gateábamos, internet no existía, pero cuando tuvimos que llamar a las puertas de un despacho, de cualquier oficina, ya nada funcionaba sin ese prodigio. Fuimos autodidactas; vinimos de lo analógico para descorchar las posibilidades de la tecnología hiperconectada. Éramos creativos a la fuerza. Aquellos cachivaches que vimos nacer como aparatos enormes y pesados se convertían en plumas efímeras al mismo tiempo que se desintegraban nuestras posibilidades de cumplir con ese futuro hermoso que habíamos mamado en televisores de tubo y plácidos domingos por la tarde. Un auto, una casa, un trabajo, una familia, un amor. Veníamos de ahí, pero mientras avanzábamos hacia ese horizonte, oíamos una música de fondo muy distinta que ponía en duda si era necesaria esa casa, esa familia, ese amor en los huesos. Nos tiraba el lance de que podíamos y tal vez debíamos ser libres. O, sobre todo, intentarlo. Nosotras también. No, nosotras más, como siempre. De repente teníamos la oportunidad de ser autónomas y felices, y a veces ni sabíamos qué hacer con tanta tempestad porque, para empezar, nunca estuvo claro qué carajo era eso de ser libre o acaso feliz. Era, en cualquier caso, una imagen.

Crecimos sintiendo que si recorríamos con virtud los puestos que estaban marcados como balizas en la carrera de nuestra vida, sin duda llegaríamos a poseer todo lo que hacía falta para conquistar esa felicidad de folleto de feria que teníamos incrustada en nuestro imaginario colectivo. Incluso podríamos romper la fotito si no la queríamos. Lo que nunca estuvo en duda fue que íbamos a llegar a ella, a poder decidir si queríamos o no disfrutar de lo pactado, del futuro prometido. En cualquier circunstancia, podíamos elegir: estábamos edificados sobre un púlpito de posibilidades. Fuimos la primera generación en España que pudo elegir entre estudiar o trabajar, entre casarse o mejor no hacerlo, entre votar o quedarse en casa sin perder por ello todos los privilegios de una democracia conquistada con sangre de otros que apenas eran ya un recuerdo.



La cajita de cristal se quebró justo cuando empezábamos a reclamar nuestra parte del trato. Aquel imaginario hermoso en el que éramos dueños de nuestro destino se alejaba sin que entendiésemos muy bien por qué algo así estaba sucediendo. La foto feliz estaba ahí, en el horizonte de nuestro campo visual. Así que caminábamos ilusionados hacia ella con la mochila llena de títulos, de credenciales que nos asegurarían la libertad de decidir y defender nuestros derechos. Íbamos con la sonrisa amplia y el pecho descubierto hacia la promesa del futuro próspero. Pero cuanto más caminábamos, más estática era la imagen. Estábamos pisando sobre una cinta automática que iba y venía sobre nosotros mismos en una burla coqueta. Al cabo del tiempo, nos dimos cuenta de que la imagen nunca cambió su tamaño por más que nuestros pies avanzasen hacia ella. Alargábamos la mano abierta y seguíamos manoteando el aire. Espantando moscas. Las arrugas venían a hacer surcos en nuestra piel y las canas se abrían paso en el pelo que antes teñíamos de colores improbables. Tiramos a la cuneta varios documentos para mentir incluso con nuestra formación y así tener alguna posibilidad de al menos rasguñar aquella imagen idílica, aunque fuese con un despojo ajeno. Pero ni mintiendo nos daban lo suficiente para llegar a ella. Ni auto, ni casa, ni vacaciones pagadas ni amor en los huesos. La imagen estaba ahí, pero nosotros éramos incapaces de hacerla nuestra. Las flores se marchitaban y perdían el perfume. Nos mirábamos extrañados y no entendíamos dónde estaba el secreto, qué habíamos hecho mal para merecer aquello.

La vez que estuvimos cerca de conquistar las promesas fue más de una década después del fatídico 2008. Era 2020 y varios habíamos regresado de experiencias laborales en el extranjero, otros habían aguantado el tirón quedándose a beber cerveza caliente en casa de sus padres pretendiendo que aún les gustaba el Cola Cao y ahora tenían, a pesar de todo, alguna esperanza de independencia. Justo ahí llegó la pandemia y atacó nuestro deseo. No tuvo ningún miramien-

to con la paciencia acumulada. Saboteó todo en un golpe de gracia letal. La promesa, de nuevo, se convirtió en incertidumbre y desesperación. No éramos los peores, decían. Había otras generaciones atrás, las de nuestros primos pequeños, que siempre nos miraron un poco raro porque les pedíamos que nos explicasen cómo funcionaban esos trastos que cada dos minutos tenían una maldita aplicación nueva. Los más jóvenes de entre los jóvenes sabían de sobra que el futuro era negro: nadie los podía engañar ya. Ellos sí tenían la película no solo vista, sino explicada en música, cine y libros: su imaginario colectivo era el de lo precario concreto, ninguna imagen idílica de posesión era parte de sus cuentas de Instagram, salvo por el lujo grandilocuente de los poquitos que triunfaban y exhibían esa excepción llena de pesadísimos collares de oro. Somos nosotros los dueños del primer escudo, o peor, somos el escudo mismo: la generación *millennial*, la generación engañada, la generación entre dos planetas, la generación perdida que no encuentra en qué zapato meter unos pies demasiado grandes para una horma tan estrecha.

Y sí, es difícil entendernos. Los padres nos dicen que nos quejamos de lleno. Los siguientes a nosotros hasta se atreven a mirarnos con desprecio: en tan poco tiempo ya nos convertimos en señores viejos. Los jóvenes de países más pobres nos envidian sin que podamos explicarles que es absurdo hacerlo, que en realidad nos queda muchísimo que aprender de ellos. Pero en ese descabro todavía tenemos algo útil: somos una bisagra, un movimiento estratégico. Venimos de un mundo viejo y nos hicimos adultos en otro nuevo. Muchos vimos experiencias ajenas, obligadamente; deseamos un futuro que no existe y, a pesar de todo, somos capaces de revisar nuestros recuerdos porque aún tenemos memoria. Una gran mayoría venimos de un pasado rural que en los meses más duros de la pandemia se reconstituyó como un horizonte posible de regreso. El teletrabajo se convirtió en una oportunidad de oro para re-

vertir nuestra mala suerte y reinventar el futuro con las herramientas mismas que hicieron de ese futuro una quimera. Ya no hay dicotomía: ni campo ni ciudad. Dejemos de pensarnos entre compartimentos estancos dentro de una realidad que solo promete fluidez y adaptación constante. ¿Seremos capaces? ¿Vamos a estar a la altura del cambio brutal que todo esto implica?

Empecé este libro en un piso de alquiler en Madrid, lo continué en mi departamento de Buenos Aires y lo terminé en mi estudio de una aldea olvidada de la que escapé tan pronto cumplí 17 años para estudiar en Barcelona. En todo este tiempo aprendí que la vida iba en serio. Aprendí que tener no significa apenas nada si no puedes compartir tu alegría con la gente que te ama. Supe que el cuento de la economía del derrame caía por su propio peso. Nos habían educado para poseer, pero no podíamos hacerlo: ni siquiera había un lugar para acumular lo imposible. Tener solo lo necesario fue imperioso y, en consecuencia, ser, por encima de todas las cosas, también. Vivo una vida nómada que se construye entre la Argentina y mi valle helado de la provincia de León, en España. Como la clase media norteamericana venida a menos que va en esas caravanas que descubrimos en *Nomadland*, mi realidad es también un tránsito constante en el que aprendo que nada vale más que lo que llevas en la piel misma impregnado a fuego. Tu gente es la que pasó contigo el desierto. Tu familia es quien hace de la incertidumbre un hogar compartido en lo efímero de un tiempo de descuento.

Me habían dicho que podía ser feliz, y era cierto. Solo que el camino era otro, muy distinto al de la imagen del folleto. No tenía que ver con replicar la vida de mis padres; se trataba de generar un futuro totalmente nuevo. Para eso sí estábamos listos, solo era necesario despertar del sueño.

## Preliminares

El paso a la edad adulta se caracteriza por asumir uno de estos roles, que no tiene por qué ser definitivo, pero que sí tiende a convertirse en estable. [...] la emancipación del hogar paterno y la posibilidad de tener hijos.

POLITIKON

De lejos parecía Rimbaud. Le encantaba que le comparasen con alguien así. Se iba por las tardes a observar el cementerio marino y a pensar en qué colores exactos hubiera deseado tener en su Boston natal. Olivier<sup>1</sup> era flaco como los flamencos y huidizo como los hurones. Desayunaba café con leche con trozos de banana. Decía que era la única forma de llegar con vida a la mitad del día.

Huí a su casa el primer fin de semana que no me quedaba más dinero para llegar a París. Él había tenido suerte en el sorteo de profesores de español para extranjeros en centros de secundaria del sistema público francés. Le tocó una ciudad pequeña y agradable, llena de conciertos y jóvenes que querían ser artistas. Y había más, muchos más, que ni siquiera habían abierto un libro ni les importaba saber con qué notas se había compuesto «La Marsellesa». Pero eso a Rimbaud no le inquietaba. Él quería escapar de América porque su padre era catedrático en la Universidad de Harvard y él

no encontraba una manera noble a través de la cual intentar ser feliz sin sentirse vacío.

Era un cerdo muy educado. Si no me quedé más en su casa fue porque el plato de ducha de su baño acumulaba dos centímetros de roña. Esa fue mi salvación.

Cuando llegué a la estación, fue a buscarme en bici. Me agarró la mochila y caminó con las manos puestas sobre el manillar. Me llevó a un bar que tenía en la entrada un loro enorme. Decía que la otra noche había conocido allí a dos prostitutas que le pidieron tabaco y unas rondas de whisky. No se fue con ninguna, pero la camarera de la barra lo conocía muy bien. No me miró contenta, aunque hasta muy tarde en la noche no le besé.

Rimbaud me llevó a un concierto en otro bar lleno de luces blancas, colgadas como guirnaldas. La música, tranquila, incluía violonchelos y la gente se acumulaba alrededor de bandejas con champán y canapés. Probé varios. Estaba muerta de hambre y hacía meses que solo cenaba cereales con leche. Cualquier cosa era para mí un manjar.

No recuerdo en qué momento fuimos a su departamento. Era una buhardilla minúscula en la que dormitorio y salón solo quedaban separados por un biombo marrón. Me dijo que podía acostarme ahí, señalando el sofá. Yo le dije que se lo agradecía, pero que prefería dormir en su cama.

Fui a su habitación y escuché cómo llegaban varios amigos mientras yo me metía entre las sábanas. Estaban invitados a terminar allí la noche; era normal que Olivier acogiese a la gente en su casa para que bebieran de madrugada. Le gustaba que fuese así. Que charlasen, que cantasen, que hicieran ruido mientras él, si quería, se acostaba a dormir. Y lo hizo. En algún momento de la noche cruzó el biombo y se metió bajo el edredón con su camiseta blanca de algodón. No sé cómo fue todo, de qué forma natural y extraña nos enredamos esas horas como si nos conociésemos de antes, como si los dosuviésemos en cuenta que intentábamos huir y no sabíamos por qué, ni hacia dónde ni hasta cuándo. Al

día siguiente, me saludó como lo haría Rimbaud, con una inclinación de un sombrero imaginario y con una sonrisa casi forzada. Y me invitó a café. Me tuve que ir cuando entendí que no podría ducharme nunca en esa casa. Él lo agradeció: temió desde el principio que yo me enamorara.

Hasta tres años después continuamos escribiéndonos mails en francés. Él seguía diciéndome que no sabía qué hacer. La última vez me comentó que había pedido otra beca para ser profesor de inglés en no sé qué isla perdida del Pacífico. Su padre sigue en la universidad y se alegra de que yo sí sepa hacia dónde caminar. Pobre de mí. Cuánto le quise sabiendo perfectamente que sus tejanos negros no eran una casualidad del extrarradio, sino unos Levi's comprados en Harrods de su último paso por un Londres que a él le encantaría incendiar.

Fue el único compañero de viaje que ese año sobrepasó la media de mis expectativas y de mi ingenuidad. Con él supe que no todos los yanquis son despreciables y que podría quedarme a vivir en cualquier lugar en el que me dejaran dormir abrazada a un asesino de animales que supiese escribir versos que no entendiera casi nadie.

Volví a Narbonne la noche siguiente con una sonrisa estúpida, buscando desesperadamente mi ducha de cámara de gas y extrañando desde entonces la posibilidad de creer en alguien que estuviese tanto o más perdido que yo.

Olivier Genoud.<sup>2</sup> Acabo de acordarme de tu apellido. No te buscaré. Imagínate si supieras que al final me casé de blanco en un pueblo perdido de la Argentina. Huyendo de la crisis española. Y de mi falta de esperanza en el futuro, que entonces era casi lo mismo. Éramos punks del siglo XXI y aún no lo sabíamos.